

de Alarcón, *Chisco* el de Pereda, nos son más conocidos que algunas de las personas con quienes tenemos íntimo trato cotidiano. Se me figura que ha de ser menos difícil retratar un personaje en una novela, de trescientas páginas, rica de peripecias, que en un breve cuento, de cien líneas de extensión. El Conde de las Navas, dibuja física y moralmente al coronel de inválidos don Tomás Pasalimas, en una minúscula anécdota, con vigor y colorido extraordinarios.

El ejemplar de *Obras incompletas* con que su ilustre autor tuvo la fineza de obsequiarme hame brindado, en medio de las dolencias corporales que me aquejan, ratos de sabroso esparcimiento y por lo mismo, de alivio. Reciba el señor conde de las Navas la expresión de mi agradecimiento.

R. M. C.

MORAS DE ZARZA

Todas las mañanas, después de bañarme en la playa de Palmera, daba yo un gran paseo, cumpliendo la prescripción del médico. Entre aquéllos, prefería, casi siempre, subir, por el lado del mar, la agria cuesta de *La formiga*, para embobarme contemplando la inmensidad del Cantábrico desde las ruinas del Fuerte de San Martín.

Aquel verano fuí a Carreño sin otra compañía que media docena de buenos libros. Muy pronto acabé de leerlos y, por no tener a mano otro pasto espiritual, volví a hojearlos, recreándome singularmente en la *Collección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la danza prima, esfoyazas y filandones*.

De cuantos recopiló Juan Menéndez Pidal, en este interesante volumen, hay un romance que me cautiva,

siempre que lo leo, en cualquiera de sus tres variantes. El de la desdichada Princesa Delgadina, requerida de amores por su propio padre.

Con esto, dicho se está que no cabe, a lo que infiero, mayor encarecimiento en lo humano de la hermosura y singulares hechizos de *la más chiquitina de las tres hijas del Rey*.

Pues bien, yo he conocido en Asturias a dos mujeres comparables con aquella princesa, tal y como mi imaginación se la representa.

Una me sirve de modelo actualmente para el retrato de Laina, segundo personaje de mi novela *¡Avante!*

La otra, con quien he hablado dos veces, vive en la cuesta de *La formiga*, en un pintoresco caserío. No sé cuál es su nombre, ni he querido averiguarlo. Yo la llamo Delgadina, desde aquella mañana en que el chacoloteo de sus *madreñas* interrumpió mi lectura del romancero asturiano, y alcé los ojos para verla ocultarse en la *pumarada* que rodea su vivienda. Puedo presentar testigos irrecusables de que es tal y como la llevo retratada en la cartera de mis recuerdos.

¿Será nieve derretida, tan inmaculada como la que mayo funde en los altos picachos del Puerto de Pajares, lo que corre por las venas de Delgadina?

Lo pregunto porque nunca se colorean sus mejillas y ni el sol ni las brisas del mar consiguen dorarlas; porque sus pies, estrechitos, desnudos casi siempre, limpios y esculturales, son también blanquísimos. Más que pisan, dijérase que van acariciando las guijas de la cuesta, sin herirse nunca en las zarzas que la bordean.

De soltera, cuando la conocí, Delgadina iba siempre vestida de blanco. De este color era el pañuelito con que se tocaba, anudado, al uso de Castilla, bajo la barba, y el corpiño y la saya a media pierna. Tan

blancas éstas, que era difícilísimo distinguir la tela de la carne, mórbida y aterciopelada como pétalo de diamela. Cuando la moza se calzaba, era con zapatitos de lona blanca muy escotados. En cambio, y como contraste de blancura tanta, toda la cuenca carbonífera de Mieres no es más negra que los ojos y el rizado cabello de Delgadina.

Y ni los rudos trabajos del campo, ni los cuatro *rapazucos* que dio al mundo y amamantó, consiguieron ensanchar su talle ni empañar su cutis.

Conserva su boca la frescura y brinda con las mieles de la fruta en sazón, cogida en el árbol al rayar el alba. Su voz es arrullo, y parece que besa con la mirada.

Pajujo, por la fiesta del *Santísimo Cristo*, mientras bailaban *giraldivas*, declaró su pasión a Delgadina, con las mismas ansias que sentía la princesa del romance cuando, asomada a la ventana, clamaba:

Mi madre, por ser mi madre,
púrrame (1) una jarra d'agua,
porque me muerdo de sede
y a Dios quiero dar el alma.

Los jóvenes se conocían desde que juntos hicieron pinitos en la cuesta de *La formiga*, donde eran vecinos sus padres, y meses después, en amor y compañía, se atracaban de moras de zarza.

Cuando *Toribu*, padrastro de Delgadina, avaro y cruel, tuvo noticia de que el pobre pescador se había declarado a la muchacha, huérfana y acomodadita, queriendo dar cabal idea de lo imposible que sería contar con su consentimiento para aquella boda, exclamó:

—¡Casaráse Pajujo con la rapaza, cuando traiga colgada de su pecho la cruz de San Fernando!

(1) Alárgame.

No bien tuvo noticia el mozo de la exclamación del viejo, fue a su encuentro y le preguntó:

—¿La de los laureles, eh?..., la que es preciso ser más bravo que Pelayo para aferrarla?

—La misma.... ¿Parécete poco, ñe? (1).

—Para lograr los mis amores, paréceme poco; ganaréla, señor *Toribu*; ganaréla, y vendré por la rapaza.

—Anda, anda, déjate de cruces y busca harina, que molín que non tien maquila, ye como güe sin esquila.

—¿Se vuelve usté atrás?

—No, hombre; lo dicho. dicho; replicó el avaro en tono zumbón.

—Lo dicho, dicho; y sean ustedes testigos, dijo Pajujo, dirigiéndose a dos ancianos patronos de traineras que escuchaban la plática en el porche de la Parroquia, después de misa.

No volvía Pajujo, como *El Niño de la Bola*, hacia su ciudad nativa seguido de soberbias mulas cargadas de equipaje, ni su rostro, achicharrado por el sol de Cuba, expresaba aquella madrugada *el regocijo, la ternura y la aficción gozosa* que se retrataron en la fisonomía de Manuel Venegas cuando oyó a lo lejos repicar alegremente las campanas de Santa María de la Cabeza. A misa de alba tocaban las del *Santísimo Cristo*, y al licenciado se le figuró doble. De su pecho, sobre la guerrera de rayadillo con los galones de sargento primero, pendía la cruz laureada de San Fernando. Pero ¿cómo?: cual si estuviese clavada sobre un ataúd.

La venganza de Pajujo iba a meter más ruido que su heroísmo defendiendo el *Fuerte de Cuajaitas*.

Delgadina era de otro; el avaro *Toribu* había torci-

(1) Muchacho.

do la voluntad de su hijastra con mil engaños: hizo pasar a Pajujo por muerto y la casó con el único enemigo en Carreño del soldado, con su rival en la escuela, en la trainera y en el chigre (1): con Tomás Feito, que se libró por dinero mal adquirido de servir al Rey, mientras Pajujo sentaba plaza para batirse en Ultramar.

Pronto aquella culebra con cara de *santina* le diría, a la fuerza, dónde se ocultaban el miserable viejo y el ladrón que se atrevió a llevarla al altar. Bajo sus reacios brodequines *estrapallaria* (2), como si fueran babosas, a los cuatro gusarapos que Delgadina tuvo la desfachatez de echar al mundo. Pajujo, desde la ciudad inmediata, escribió estas tremendas amenazas a la infeliz mujer, que, desde entonces, vivía agonizando. No era hombre Tomás para hacer frente al héroe sediento de venganza. *Toribu* yacía imposibilitado en un sillón.

El drama se cernía sobre el risueño caserío de la cuesta de *La formiga*. A paso de ataque subía por ella el militar, con la hiel en los labios y la noche en el alma, cuando ya el sol, así hacía resbalar, deshechas, por el tallo de las hiebezuelas las gotas de rocío, como jugueteaba, rielando, en la cresta de las olas.

Las privaciones, el clima mortífero de Cuba, el cautiverio en la Manigua, las heridas del cuerpo mal cicatrizadas, y la del alma tan ancha y tan honda, habían limado extraordinariamente la férrea naturaleza del antiguo pescador.

Muy cerca ya del caserío, término de su viaje, el licenciado tuvo que detenerse jadeante; entonces, apartando los ojos de la tierra, se puso a contemplar con infinita amargura la inmensidad del Cantábrico, así y

(1) Taberna de cidra.

(2) Hacer tortilla.

todo, más pequeño, en su sentir, que la perfidia de una mujer, la avaricia de un viejo y la insolencia de un traidorzuelo puestos de acuerdo para hacer mofa y escarnio de su amor y de su heroísmo.

Sobre la inquieta y desleal superficie de aquel mar tan amargo, pero tan hermoso, parecía que el sargento, sin medir el tiempo, iba deletreando, capítulo tras capítulo, la historia de su juventud.

¡Cuántas veces se había jugado la vida sobre las olas, para ganarse un cacho de borona, un vaso de sidra y media docena de *mafaños!* (1).

Y ¿para qué?... Para regar luego con su sangre, también inútilmente, la ingrata tierra americana.

Adelante, pues; ya volvía a respirar con desahogo: el mal camino, andarlo pronto.

Pero cuando intentó proseguir, se vio atajado por un rapazuelo de unos cuatro o cinco años que le miraba fijamente hacia el pecho. El niño parecía escapado de un cielo de Murillo; no tenía otros vestidos que una camisita muy limpia y curiosamente zurcida; traía los piecitos desnudos y colgado en el brazo izquierdo un canastillo en miniatura, a medio llenar de moras de zarza.

—¿Me das eso?—dijo encarándose con el soldado; y señalaba con un dedito a la cruz laureada de San Fernando.— Anda, dámelo, y te doy todas las moras— y le alargaba el canastillo, mientras sonreía con el aire más genuinamente picaresco.

Pajujo sintió en el alma una oleada de ternura y una sed angustiosa de besar al angelito.

Le cogía ya por la cintura para levantarlo del suelo, cuando se escuchó un grito desgarrador, un rugido de leona que repitieron todos los ecos de los cerros

(1) Calamares.

vecinos, que hizo frenar el vuelo a las gaviotas y difundió el frío de la muerte por las venas del aterrado sargento, mientras el niño se le abrazaba a su cuello.

—¡Hijo de mis entrañas!!—había gritado Delgadina, cayendo de rodillas sobre las duras guijas.

Pajujo se pasó una mano por la frente, miró a la pobre madre con inmensa compasión, le flaquearon las piernas, se le anudó la voz en la garganta, y de la marea de aquel alma tan grande salieron, por último, dos gotas por los ojos.

—¡Estoy vengado!—pudo exclamar, al fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano—, ¡estoy vengado!—Cubrió luego de besos los negrísimos rizos del niño, le puso otra vez en el suelo con mucho tiento y, arrancándose del pecho la cruz laureada, se la echó en el cestillo de las moras, emprendiendo carrera cuesta abajo, sin volver la cara atrás.

Cuando emparejó con el camino que va a la ciudad cercana, el infeliz Pajujo se detuvo otra vez sin aliento y se miró la guerrera.

¡Qué sarcasmo! Estaba manchadísima; pero no de sangre de *Toribu* ni de Tomás Feito....: ¡de moras de zarza!!

CONDE DE LAS NAVAS

